

3. La sal de la fe

No hubo sal el día de nuestro bautismo. Aquel día se nos abrió la puerta de la Iglesia. Hubo agua, luz, aceite, y hasta un vestido blanco, pero no sal. Y, sin embargo, al recibir el don de la fe, fuimos transformados en sal de la tierra. ¿Qué significa esto?

a. Una imagen, una pregunta

“Le falta sal”. Quien ha convivido con un hipertenso y ha compartido sus platos, ha probado a menudo platos sin sal. No saben mal pero resultan insípidos, débiles en matices e intensidad. Uno acaba acostumbrándose, de forma que cuando prueba platos “normales”, se da cuenta del sabor de los alimentos. “Le falta sal”. También lo decimos de las personas. Soso puede ser el plato de macarrones, pero también el tendero de la esquina o el compañero de trabajo. A todos ellos les falta un poco de salero.

Claro que el exceso tampoco es bueno. Cuando un plato “sabe a sal” resulta incomedible e incluso dañino. Lo propio de la sal es dar sabor repartiéndose en el plato y potenciando los aromas de cada ingrediente. Triunfa cuando pasa desapercibida.

¿Y la fe? “Vosotros sois la sal de la tierra”. Jesús anunció a sus discípulos su misión: como la sal en el guiso, así serían ellos en el mundo. Pero, ¿qué es lo que la fe sala? ¿Cómo lo hace? Nos centraremos en el tema de este mes en tres dimensiones de la fe que son iluminadas por la imagen de la sal: *el trabajo, la fidelidad y la alegría*.

En primer lugar, la sal tiene que ver con el trabajo. En tiempo de los romanos, el salario – la ración de sal – era el fruto del trabajo de un mes. Además, el trabajo está relacionado con la fe: es una profesión, algo que *profesamos*. Y la sal de la fe, ¿cómo nos hace trabajar? ¿Cómo sazona nuestra labor cotidiana? Lo importante, pensamos a menudo, es la fe y la familia. “¿El trabajo? Un medio para traer un sueldo a casa. Nada más”. Podemos vivir así en dos mundos distintos: el del trabajo y el de la familia, el público y el privado, el de la eficacia y el del amor y la espiritualidad. Pero, ¿no está llamada la fe a sazonar también el plato del trabajo?

En segundo lugar, la sal tiene que ver con la fidelidad. Todavía hoy, conservamos muchos alimentos gracias a la sal. Además, la sal posee ciertas propiedades curativas. Como la sal que conserva y cura, así la fe está llamada a fortalecer el amor de la familia, a ser fuente de fidelidad.

En tercer lugar, nuestro lenguaje cotidiano identifica la sal y el salero con la alegría. La sal impide que se forme el hielo resbaladizo en nuestros caminos y acelera su recuperación. ¿Cómo se manifiesta el “salero” de un cristiano? ¿Cuál es el testimonio de alegría que está llamado a dar?

b. A la luz de la Escritura

La sal campa a sus anchas en la Tierra Santa. Muy cerca se encuentra el mar Muerto, llamado en textos antiguos “mar de la Sal” (Gén 14, 3; Jos 3, 16; 12, 3) y que se extendía hacia el sur en el valle de la Sal (2Sa 8, 13; 2 Re 14, 7). Además, gran parte de Palestina es tierra salada, desértica que nadie habita (Jer 17, 6; Sal 107, 34). Esta abundancia explica la riqueza de significados que la sal posee en la Sagrada Escritura. Como ocurre con muchas otras imágenes, se trata de un elemento ambiguo, signo de vida y de muerte, de esperanza y de maldición.

La sal es señal de muerte. Es una amenaza (Sof 2,9) que indica la esterilidad futura de la tierra (Dt 29, 22). Por eso, la ciudad vencida se siembra de sal (Jue 9, 45). En estatua de sal se transformó la mujer de Lot, cuyo nombre desconocemos (Gén 19, 26). No miró hacia la vida que Dios le ofrecía sino que, dominada por la nostalgia, volvió la vista atrás. En este sentido, la promesa

divina es la victoria del agua sobre la sal (cf. Ez 47, 8ss). Del lado derecho del templo brotará un río que saneará el mar Salado y hará que sea un lugar de vida abundante.

Al mismo tiempo, la sal es signo de vida. Sin ella no es posible sobrevivir (cf. Eclo 39, 26), ni percibir el sabor de los alimentos (Job 6, 6). Además, ella, igual que el incienso (Ex 30, 35), purifica y es capaz de sanear las aguas podridas (2Re 2, 19-22). De hecho, al recién nacido se le frotaba con sal para purificarlo (Ez 16, 4).

La Escritura vincula también la sal con el trabajo. Se trata de “comer la sal del palacio” (Esd 4, 14). Pero sobre todo, la sal es signo de duración y fidelidad. La sal permite conservar los alimentos durante mucho tiempo (Bar 6, 27). Además, la sal es un ingrediente imprescindible en los sacrificios del pueblo de Israel: “Toda oblación la sazonarás con sal; no permitirás que falte nunca la sal de la alianza de tu Dios en ninguna de tus oblaciones; todas tus ofrendas llevarán sal” (Lev 2, 13; cf. Ez 43, 24). Todas las ofrendas deben ser saladas, pues así manifiestan la fidelidad de Dios. De hecho, la alianza que Dios hace con su pueblo es llamada “alianza de sal” (Num 18, 19), es decir, un pacto perpetuo.

El Nuevo Testamento participa también de la riqueza de esta imagen. Por una parte, frente a la sal, signo de muerte, Cristo se presenta como Fuente de agua viva. De su costado brotará ese río que devolverá la vida al desierto y al mar Salado (cf. Ez 47,8). Por otra parte, la sal es fuente de sabor para el mundo: “Buena es la sal, pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salaréis? Tened sal entre vosotros y vivid en paz unos con otros (Mc 9, 49-50).

Sin embargo, Jesús no se presenta a sí mismo como la sal. Él es el Pan de Vida, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Nosotros, “la sal de la tierra” (Mt 5, 13). *Vosotros –parece decir Cristo– conserváis el mundo sabroso en su alianza con Dios. Sois el ingrediente necesario para el sacrificio. Vuestra presencia hace que el mundo pueda ser ofrecido a Dios, de quien procede. Si no es así, no valéis más que para ser arrojados fuera.*

c. Para dar vida en el mundo

c.1. La sal y el trabajo

¿Cómo toca la fe nuestro trabajo? El taller de Nazaret es nuestra primera escuela. Allí vemos a Jesús, Dios verdadero, trabajando de sol a sol, aprendiendo de José, programando bien las tareas... No es casual que la mayor parte de su vida la dedicara al trabajo manual del carpintero. El beato Juan Pablo II veía aquí condensado el “evangelio del trabajo”.

Vivir bien el trabajo no es cosa fácil. Podemos tomar nuestra ración cotidiana de trabajo sin la sal de la fe. Dejaremos lo religioso para nuestro corazón y para la vida de familia. Será un plato insípido que nos dejará en la mediocridad de una jornada gris. Le faltará sal.

Pero puede ocurrirnos también lo que les ocurrió a los cristianos de Tesalónica. Pensando que la venida del Señor era inminente, algunos abandonaron su trabajo y sus obligaciones. San Pablo les escribió con cariño exigente: “Cuando estábamos entre vosotros os mandábamos que si alguno no quiere trabajar, que no coma” (2 Tes 3, 10). En este caso, siguiendo con la imagen, tenemos un exceso de sal: el plato “sabe a sal”. El problema no consiste aquí en *crear demasiado*, pues no hay límites para la fe. Cuanto más creamos, mejor. Se trata de creer bien, de sazonar bien el plato del trabajo. Una fe que se desentiende del mundo y se refugia en el más allá, hace incomedible y, en definitiva, inútil, el quehacer cotidiano. La verdadera fe no nos hace perezosos ni indiferentes ante las tareas. Es verdad que el Reino de Jesús “no es de este mundo”, pero no lo es menos, que su reinado transforma y renueva la tierra.

En realidad, la fe da sabor al trabajo, como lo hace la sal. No es un sabor que aniquile los demás, como un queso muy fuerte, sino un ingrediente al servicio del sabor de cada plato: saca lo mejor de cada manjar. Por eso, ser buen cristiano no me exime sino que me obliga a esforzarme, en

la medida de mis posibilidades, por ser el mejor profesional en el campo que me corresponda: periodistas, políticos, economistas, ingenieros, artistas, profesores, médicos, pilotos...

Pero, ¿cómo sazona nuestra profesión la fe? El que cree conoce el origen y el destino de todo lo creado. Todo salió de las manos de Dios Padre, que fue el primer trabajador de la historia, y todo se dirige hacia Él. La fe nos muestra así el trabajo como un don, un regalo inestimable: la posibilidad de colaborar en la obra del Creador. Esta es una de las convicciones que san Ignacio manifestó en la *Contemplación para alcanzar amor*, culmen de los Ejercicios Espirituales: Dios trabaja continuamente por mí y por mi familia; yo puedo trabajar con Él, a su lado.

Desde esta compañía divina se entiende la fidelidad a lo pequeño, que es propia del trabajo. Ocurre aquí como con las salinas que vemos en la costa: para obtener la sal, es preciso secar el mar, pero hay que hacerlo de poco en poco (con finas superficies de agua) y poco a poco (esperando a que se evapore el agua y la sal cristalice).

Y, ¿cuándo falta el trabajo? La fe ilumina también el tiempo del paro y del despido, momento de verdadera cruz. Por una parte, se nos recuerda la mirada de Dios que nos mira con benevolencia y nos muestra que nuestra vida no es en modo alguno inútil. Se nos invita así a descubrir este tiempo como una ocasión de crecimiento. Por otra parte, se nos lanza a la búsqueda perseverante y humilde de una oportunidad. “Buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá”.

c.2. Alianza de sal: la fidelidad de Dios

Además de iluminar nuestro trabajo, la sal de la fe es una prueba de la fidelidad del Señor. La suya es “alianza de sal”, es decir, una que no pasa ni se pudre. Al recibir el Bautismo, comenzamos a participar de esta alianza que dura para siempre. “Por el Bautismo, todo nuestro ser ha sido profundamente transformado, porque ha sido ‘sazonado’ con la vida nueva que viene de Cristo” (Juan Pablo II, Mensaje para la XVII Jornada de la Juventud, Toronto 2002). Después, en nuestro matrimonio, la alianza fue sellada de un modo nuevo. Como la sal, la fe nos fortalece, de forma que nuestro amor no se corrompa ni pierda su frescura.

Entre las amenazas contra la fidelidad, se encuentran las pequeñas heridas cotidianas. No se trata de grandes traiciones, sino de contusiones menores, incomprensiones o encontronazos que van erosionando el amor. La sal de la fe nos ayuda también a curar estas pequeñas heridas y evitar que se infecten, generando problemas más graves.

Es verdad que cuando hablamos de “poner sal en las heridas” expresamos algo negativo, como el que reabre innecesariamente recuerdos dolorosos o nombra la soga en casa del ahorcado. Pero en realidad, la sal ayuda a acelerar la cicatrización y previene la infección. El mar nos recuerda en verano cuando nos bañamos con alguna herida y nos escuece, pero luego al salir la vemos mejorada. La sal de la fe permite curar las pequeñas heridas de la vida cotidiana a través de la experiencia del perdón y del examen de la noche (*memorare*).

En definitiva, como afirmaba el beato Juan Pablo II, “ser sal de la tierra significa ser *portador de una promesa de eternidad*” (*Encuentro con los jóvenes*, Bulgaria, 26 de mayo de 2002). La alianza de Dios permanece para siempre.

c.3. El salero y la alegría

Por último, la sal nos habla de la alegría de la fe, capaz de sazonar el trabajo y la fidelidad en nuestro amor. No siempre estamos alegres. A veces los cristianos parecemos más sepultureros que “colaboradores de la alegría” (2 Co 1, 24). Lo contaba aquella religiosa que regresaba feliz a su comunidad, después de un tiempo de descanso y oración. Viendo su gozo, una señora sentada frente a ella le espetó: “Hermana, está usted tan contenta que ni siquiera parece monja”. Singular alabanza, que manifestaba una crítica general. ¿Cómo se transparenta la alegría del Evangelio, buena noticia, en nosotros, los *evangelizados*?

Entendámoslo bien. La sal de la fe, su alegría, no consiste solamente en “tener salero”, en una cuestión de temperamento. La pizca de sal que la fe pone en todas nuestras acciones no es mero optimismo. La alegría no es alboroto exterior, estrepitoso y fugaz sino que mana dentro, callada, con raíces profundas: es alegría humana y espiritual, no solo psicológica; estable, no eventual. (cf. R. Guardini, *Cartas sobre la formación de sí mismo*, Palabra, Madrid). Se trata de un corazón alegre, y no solo uno divertido. De este modo, la alegría es hermana de la seriedad bien entendida; donde está una, se halla también la otra.

Entonces, ¿cuál es la alegría a la que podemos dar cauce, la que todos pueden poseer con el mismo derecho? Buscamos ese gozo compatible con las muchas dificultades de nuestra vida, que no depende de las horas felices o amargas, de los días de vigor o abrumados de fatiga. Se trata de una alegría que no procede del dinero, de una vida cómoda, de la honra... aun cuando todo esto pueda influir en ella.

Para *esta* alegría está hecho nuestro corazón inquieto. Más allá de las satisfacciones inmediatas y pasajeras, buscamos la alegría profunda, plena y perdurable, que pueda dar “sabor” a la existencia (cf. Benedicto XVI, *Mensaje para la JMJ*, 2012). Cada día se nos ofrecen muchas alegrías sencillas: la alegría del amor a nuestra esposa, la alegría de la misión de educar, la alegría ante la belleza de la naturaleza, la alegría de un trabajo bien hecho, la alegría del servicio. Al mismo tiempo, a diario nos encontramos también con las dificultades del corazón. Ante tantas preocupaciones por el futuro, el crecimiento de cada hijo, la enfermedad, el trabajo..., podemos preguntarnos si esa alegría plena y duradera es una ilusión y una huida de la realidad.

La sal de la fe nos muestra que todas las alegrías auténticas, ya sean las pequeñas y cotidianas, o las grandes de la vida, tienen su origen en Dios. Él es la fuente de la verdadera alegría. Así, al recordarnos que todo es don, la fe da paso al agradecimiento del amor. Esta gratitud germina en nuestro corazón y se manifiesta en nuestros ojos y en nuestros labios. Llegamos así al corazón de la alegría: El amor produce alegría, y la alegría es una forma del amor. La beata Madre Teresa de Calcuta decía que “la alegría es una red de amor para capturar las almas. Dios ama al que da con alegría. Y quien da con alegría da más” (cf. *Hch* 20,35).

La alegría es don de Dios, pero también tarea. Para evitar que se vuelva sosa, es preciso “salar la sal” a diario (cf. *Lc* 14, 34; *Mc* 9, 50) y mantener viva la memoria del don. La alegría se construye mimando cada relación personal y trabajando los detalles y las conversaciones, que pueden volverse sosas, o peor aún ácidas, si degeneran en crítica, queja, continua regañina, o en los silencios del distraído. “Vuestra conversación sea siempre agradable, con su pizca de sal, sabiendo cómo tratar a cada uno” (*Col* 4,6). “Buena es la sal; tened pues sal en vosotros y estad unos con otros en paz” (*Mc* 9, 50). Para restaurar el sabor de las relaciones, es precisa, por así decir, la “dulzura de la sal”, esa pizca que da sentido del humor e interés a nuestras palabras.

Esta tarea de la alegría es una construcción común, pues la alegría es siempre algo que se comparte, y así crece. Si no, no es alegría, o deja en seguida de serlo. La persona alegre ilusiona; la que es tristona deprime. Pensemos en la mujer de Lot, que, al escapar de la ciudad de Sodoma, con nostalgia miró hacia atrás y se convirtió en una estatua de sal. Su melancolía procedía de no reconocer a Dios en su nuevo camino. Y su tristeza fue la tristeza de la familia.

La sal de la alegría también se manifiesta en la prueba. “Ofrece tu sacrificio con la sal” (cf. *Lev* 2,13). En el trabajo, en los pequeños detalles que edifican la fidelidad, ofrécete con esa chispa de alegría que te hace agradable a Dios. No le presentes sacrificios hechos con tristeza, malhumor o desánimo. Dios ama al que da con alegría.

El beato Pier Giorgio Frassati (1901-1925), que experimentó tantas pruebas en su vida, se expresaba así: «Tú me preguntas si soy alegre; y ¿cómo no podría serlo? Mientras la fe me dé la fuerza estaré siempre alegre. Un católico no puede por menos de ser alegre (...). El fin para el cual

hemos sido creados nos indica el camino que, aunque esté sembrado de espinas, no es un camino triste, es alegre incluso también a través del dolor» (*Carta a la hermana Luciana*, Turín, 14 febrero 1925).

e. Conclusión

“Le falta sal”. Nuestro mundo necesita ese elemento básico que lo sazone y conserve. “Vosotros sois la sal”. Como familia cristiana estamos llamados a condimentar los corazones de los hombres que han perdido su sabor. Ser sal significa ser portador de una promesa de eternidad que se manifiesta en el trabajo, en nuestra fidelidad y, de modo especial, en la alegría. La sal de la fe da sabor y belleza a nuestra vida.

- Tres preguntas para el coloquio

1. El trabajo es un don. ¿Cómo lo sazonó? ¿Cómo lo lleno de la presencia de mi familia?
2. La sal es signo de la fidelidad de Dios a nuestro amor. Nos lo recuerda también el anillo – la alianza– que llevamos siempre puesta. ¿Cómo nos ayuda la fe a conservar y acrecentar el amor fiel? En concreto, ¿qué prácticas familiares –el *memorare* (examen del corazón por la noche) y la confesión frecuente– nos ayudan a sanar las pequeñas heridas?
3. La alegría llena el tiempo de Adviento. Todo comenzó con un “Alégrate, María” y acabó con los pastores corriendo, llenos de alegría, y los magos rebosantes de gozo. ¿Qué medios y prácticas nos ayudan en el equipo y en casa para fomentar la alegría cristiana en este tiempo?

- Compromiso de equipo

Buscar una práctica común que nos ayude a vivir la alegría de la Navidad en familia.
Participar como equipo en el Festival de navidad de Familias de Betania, al servicio de la alegría.

- Para los interesados en más:

. Texto recomendado, sobre la alegría del cristiano: BENEDICTO XVI, *Mensaje para la XXVII Jornada Mundial de la Juventud*, 2012: “Alegraos siempre en el Señor” (Flp 4,4):

http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/messages/youth/documents/hf_ben-xvi_mes_20120315_youth_sp.html

. BENEDICTO XVI, Carta Encíclica *Spe Salvi*, 13-15; 35-36

http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20071130_spe-salvi_sp.html

. A. CENCINI, *La alegría, sal de la vida cristiana*, Sal Terrae, Santander 2008.

. Sobre la fe y el trabajo: JUAN PABLO II, *Laborem exercens*

- A petición de algunos consagrados, incluimos también las intenciones de oración del Santo Padre para este mes:

+ *Intención general: Los migrantes*

Para que los migrantes sean acogidos en todo el mundo con generosidad y amor auténtico, especialmente por las comunidades cristianas.

+ *Intención misionera: Cristo, Luz para la humanidad*

Para que Cristo se revele a toda la humanidad con la luz que emana de Belén y se refleja en el rostro de la Iglesia.